

TORRE
Roja

TORRE

¿Flor o caracol?

Elene Dreser

Ilustraciones

Viviana Délano





¿Flor o caracol?

D.R. © 2004, Elena Dreser
D.R. © 2004, Norma Ediciones, S.A. de C.V.

D.R. © Educa Inventia, S.A. de C.V., 2017
Av. Río Mixcoac 274, piso 4°, Colonia Acacias,
Benito Juárez, Ciudad de México,
C.P. 03240.

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción
total o parcial de esta obra sin permiso de la editorial.

El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: abril 2019
Primera reimpresión: abril 2020

Edición: Lorenza Estandía González Luna
Diagramación: Judith Sánchez Durán
Ilustraciones: Viviana Délano

Impreso en México – *Printed in Mexico*

SAP: 61089128
ISBN: 978-607-13-0868-9



¿Flor o caracol?

Elena Dreser

Ilustraciones

Viviana Délano

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

Índice

1. Cuenta que Jacinta descubrió algo nuevo en su jardín..... 7
2. Narra por qué Jacinta perdió el regocijo y cómo volvió a recuperarlo..... 11
3. Trata de cuando Jacinta se lanzó en busca de respuestas 21
4. Muestra quién resolvió el enigma 27
5. Relata cómo Jacinta se convirtió en la madrina de los caracoles 31



6. Cuenta lo que ocurrió en aquella gran maceta (O la fiesta de los caracoles) 37
7. Narra por qué se terminó la gran fiesta de los caracoles 43
8. Trata de cuando los caracoles se mudaron a un palacio 49
9. Muestra dónde se formalizó el tratado bilateral 53
10. Relata cómo Jacinta y los caracoles vivieron en paz por siempre 57

1

Cuenta que Jacinta descubrió algo nuevo en su jardín

Comenzaron las lluvias, y el jardín de Jacinta lucía todos los colores. El verde de las hortalizas, en sus diferentes tonos, desbordaba por aquí y por allá, invadiendo cada rincón.

También había crisantemos amarillos, belenes lilas, geranios rojos y muchas flores blancas que resaltaban hasta en la oscuridad.

Jacinta estaba feliz, y un poquito orgullosa por cultivar tan buenas verduras y tan bellas flores. Su jardín era el más colorido de todo el vecindario.



Claro que este florido éxito se debía a los cuidados de Jacinta, aunque también se debía al clima tropical donde vivía y a la época de lluvias que apenas comenzaba.

Pero entonces, junto a la humedad fértil y al verde nuevo de aquellas primeras lluvias... ¡aparecieron los caracoles! Al principio, eran sólo dos que se paseaban de planta en planta. Salían al atardecer, después de que se ocultaba el sol.

—¡Qué simpáticos! —exclamó Jacinta.

Y llamó a la nena de al lado que se llamaba Agustina, aunque todos le decían Tina. Cuando la nena vio a los caracoles dijo:

—Son redondos como la nuez.

—¡Mira qué antenas tan curiosas! —dijo Jacinta.

Parece que nos van a transmitir noticias. Tina salió corriendo. Y Jacinta preguntó: —¿Ya te vas?

—¡No! —dijo Tina— voy por Nicolás.

Y regresó muy rápido con su hermanito. Luego tomó un caracol, y lo puso con suavidad en las manos gordas del bebé.

Con mucha paciencia, Tina repitió varias veces el nombre “caracol”. Entonces el bebé preguntó:

—¿Cacol?

—¡No! —dijo su hermana, y pronunció lentamente— Ca-ra-col.

—¡Ah! —dijo el bebé— ¡cacol!



2

Narra por qué Jacinta perdió el regocijo y cómo volvió a recuperarlo

Aquello parecía una fiesta. Todos los vecinos que pasaban frente a la casa de Jacinta, al anoecer, “tenían” que visitar a la pareja de caracoles. Jacinta pensaba que era el complemento perfecto para su hermoso jardín de flores y hortalizas.

Las lluvias continuaron. Y muy pronto apareció el tercer caracol... el cuarto... el quinto... ¡y hasta los primeros caracoles bebés!

—¡Son chiquitos como lentejas! —dijo Tina.

—¡Y transparentes como la miel! —dijo Jacinta.

Y Nicolás no paraba de reír. Le causaba mucha gracia el esfuerzo de los caracolitos al gatear por las hojas húmedas y empinadas. Preguntaba si el caracol grande era el papá de los caracoles pequeños, y si quien estaba a su lado era la mamá, y si estos caracoles eran los abuelos, y si aquellos eran los tíos... ¡Uf! Cuánto preguntaba Nicolás.

Pero la felicidad duró poco tiempo. Se terminó una de esas mañanas en que Jacinta revisaba con cuidado su jardín. Caminaba como un general pasando revista a la tropa, nada escapaba de su control. Y entonces... descubrió aquellos misteriosos agujeritos en las hojas de las hortalizas. Estuvo pensativa por un momento, y después dijo:

—¡Mjh! ¿Andarán gusanos por aquí?

También descubrió que a ciertas flores les faltaban algunos pétalos. Y dijo:

—¡Mjh! ¿Andará alguna ardilla por aquí?

Pero eso no fue todo. Siguió recorriendo el jardín... y encontró más flores sin pétalos, ¡sin ningún pétalo! ¡Completamente deshojadas, calvas, pelonas, peladas!

Jacinta trató de encontrar a los culpables, sólo que no había ninguno a la vista. Y comenzó a sospechar de quienes dormían todo el día ocultos por el follaje, y andaban despiertos toda la noche ocultos por la oscuridad. Jacinta decidió que no se dejaría engañar por unos cuantos pícaros invasores de jardines ajenos. Ella descubriría el misterio.

Aquella noche... cuando todo era silencio y oscuridad... Jacinta, armada con su linterna, se escondió detrás de un árbol. Respiró hondo... apuntó el foco hacia el jardín... encendió la luz... ¡Y allí estaban los caracoles!, alimentándose nada más y nada menos que...

¡Con sus flores!

¡Y con sus hortalizas!

—¡Oh! ¡No! —exclamó Jacinta.

Y atrapó a un perfecto caracol castaño que estaba sobre un perfecto crisantemo amarillo. Pero fue demasiado tarde: ya el gordo glotón se había comido la mitad de los pétalos.

—¡No lo puedo permitir!

Declaró Jacinta, muy firme, aunque sin ninguna idea de cómo impedirlo. Sólo estaba segura de algo: esos caracoles nunca más estropearían sus flores ni sus hortalizas.

Así que de inmediato, se puso en acción.





Buscó de flor en flor y de verdura en verdura. Cada caracol descubierto era atrapado sin piedad, y llevado al otro extremo del jardín donde nada más crecía pasto. Jacinta no descansó hasta que los glotones estuvieron lejos de los manjares prohibidos. Entonces, les dijo:

—Ahora pueden comer todo el pasto que gusten. Buenas noches, caracoles.

Y se fue a dormir muy tranquila. Aquella noche soñó con un gran ejército de caracoles que podaban maravillosamente el césped de su jardín.

Sólo que al despertar en la mañana, Jacinta descubrió la cruel realidad. Varias flores, en especial los crisantemos, mostraban nuevas huellas del voraz apetito de los caracoles. Y varias hortalizas, en especial las lechugas, enseñaban nuevas huellas de pequeños mordiscos. Jacinta aprendió dos buenas lecciones:

- 1) Los caracoles son grandes caminantes, a pesar de tener un solo pie. Habían atravesado todo el jardín.



2) Los caracoles son grandes comilones, a pesar de tener una boca tan pequeña. Nadie podía negar su tremendo apetito.

Y se quedó pensativa sin saber qué hacer, ella que siempre encontraba tanto por hacer. Estaba ante un fuerte dilema: sentía mucho amor por las plantas y también por los animalitos.

Si el jardín había aceptado la presencia de los caracoles; los caracoles tenían que respetar el jardín. Pero ¿cómo lograrlo?

Entonces, Jacinta recordó algo que su abuelo repetía mucho:

“Para todo problema existe alguna solución, únicamente hay que saber buscarla.”

Jacinta supo que debía seguir este consejo. Pensó que tal vez podía encontrar respuesta a su dilema en la tienda agrícola, donde acostumbraba comprar semillas y fertilizantes. El abuelo siempre decía:

“Para alcanzar tus metas, primero debes estar segura de lo que quieres.”

¡Y vaya que Jacinta estaba segura! Tanto, que dijo en voz alta:

—¡Quiero ser amiga de la flor
y también del caracol!

Ella no era poeta, pero le gustaba formar rimas. Todos en el pueblo tenían esa costumbre. Si alguien preguntaba rimando las palabras, los demás respondían de la

misma manera. Así se entretenían, a la vez que probaban su ingenio.

Y es que en alguna época, el pueblo era tan chico que su única biblioteca sólo contenía libros viejos en los que los personajes rimaban sus diálogos. Después de muchos años, pavimentaron el camino, llegó el teléfono y otras comodidades modernas, y por fin la biblioteca tuvo libros nuevos. Pero la costumbre de rimar se quedó para siempre.

Por eso, cuando Jacinta descubrió que *flor* rimaba con *caracol*, se puso contenta. Ya su problema tenía algo de divertido: podía buscar la solución mientras jugaba con las palabras.